

TÚA, Y YA ESTÁ

Francisco BELTRÁN LLORIS

Universidad de Zaragoza

Estas apresuradas y breves líneas tienen por único objeto expresar mi afecto por una persona que, a una cierta distancia pero siempre con cariño y complicidad, me ha acompañado a lo largo de la vida: Túa Blesa.

Siempre he compartido la idea que se esconde tras la conocida frase atribuida a Rainer Maria Rilke: “Die wahre Heimat des Menschen ist seine Kindheit”, esto es “el verdadero hogar —o patria— de una persona es su infancia”. La infancia constituye nuestro último refugio y conforma nuestro primer sentimiento de pertenencia y no me refiero ahora a pueblos y naciones —bastantes banderas se agitan ya—, sino a empatía, luces, paisajes, sabores, aromas, apegos, querencias, afectos... esos recuerdos que trazan el primer horizonte de referencia personal. Y de mi infancia, no guardo memoria más poderosa que la de aquellos veraneos infantiles y juveniles en la Peñíscola de los años 60 y primeros 70. Era entonces la villa del Papa Luna —personaje que quintaesencia la tozudez aragonesa con ese mantenerse en sus trece— una población entre pescadora y campesina, en la que los hombres todavía vestían de manera distinta según su quehacer. Se imprimieron de manera indeleble en mi memoria el sonido de las llantas metálicas de los carros acompañado del ladrar de los perros al amanecer, las cortinas de moscas persistentes, los discursos arrebatados e indescifrables de las subastas de pescado, ese maravilloso mar azul y el penetrante aroma del salitre y, claro, la sensación de libertad de un niño urbano.

En la vecindad de la primera casa en la que residimos los Beltrán Lloris durante aquellos agostos se hospedaban también otras familias de veraneantes zaragozanos. Yo entonces me llamaba Francisco —no Paco— y mis hermanos Antonio y Miguel. Nombres enteros y solemnes de aquella España plomiza que admitía diminutivos como Paco, Pepe, Quique, Maite o Pili y poco más. Los niños con los que me relacionaba respondían a Enrique, Javier, Vicente, Carlos, Pedro. Y aunque no faltaban apelativos insólitos en alguna familia de mi entorno, en Peñíscola descubrí un nicho onomástico que se llevaba la palma: Suso, Maya, Ñoño, Pinky, Túa... Eran los Blesa Lalinde. Por vecindad jugábamos de vez en cuando: a hacer caras raras y pretextar ser personas diferentes —esto último Pinky, que era la de mi edad—, gustábamos como buenos niños de encorrernos e intercambiábamos lindezas como ‘cara breva’, expresión que aprendí de ellos y que francamente no terminaba de entender pensando en

los ricos pasteles rellenos de crema y espolvoreados de azúcar. Sentía mi curiosidad espoleada por aquellos extraños nombres. Algunos con una explicación más transparente, pero Túa... Interrogado al respecto un día su portador, contestó muy digno algo así como: me llamo Túa y ya está.

Los pocos años que nos llevábamos eran muchos entonces y por ello no intimamos en exceso. Pero con el tiempo coincidimos en la Facultad de Filosofía y Letras zaragozana en la que ambos llegamos a ser profesores, y esa sensación de conocernos de siempre, de compartir esa patria infantil, mantuvo la complicidad entre nosotros. Una complicidad que creció alimentada por cariños comunes, por el amor por las tierras y las aguas del Egeo, por tomas de postura coincidentes y, claro, por compartir profesión y facultad. Yo para entonces seguía siendo Francisco para la Academia, aunque ya era Paco para los amigos, pero él no, él seguía siendo Túa y ya está, para los amigos, para los estudiantes y para los colegas; incluso para hacer música punk con Doctor Túa y los Graduados —eso sí, sin apearse del título—, a los que alguna vez escuché pronunciarse ‘Contra todo’... Aunque mi dedicación a la historia antigua me condujo por otros derroteros, he sido testigo de la buena acogida de sus enseñanzas entre el alumnado y he seguido con atención sus brillantes estudios sobre Gimferrer o Panero, la labor editorial en la revista *Tropelías* o la organización de atractivas reuniones como ‘El Banquete. Primeros Encuentros sobre el Amor’ —junto con su compañera vital, Elena Pallarés— o los dedicados a Gil de Biedma, García Márquez o Miguel Labordeta, actividades que definen a Túa como un universitario completo.

Ese pelo coloreado, esa respetuosa rebeldía y esa fidelidad al nombre de la patria infantil han sido un necesario soplo de aire fresco en nuestro entorno universitario. Y entre nosotros, el afecto ha gobernado cada uno de nuestros encuentros en pasillos, aledaños de la facultad o en los despachos. Pues eso, Túa, que te quiero mucho.